

desvirtuar la revelación, pero no puedo conseguirlo. La importancia y gravedad del caso crecen más á mis ojos, cuando achicarlas quiero con recursos de esa lógica forense que sirve para defender pleitos, pero no para calmar las inquietudes y suspicacias de nuestro espíritu. No ceso de pensar en esto, Equisillo. ¿Qué opinas tú? ¿Eres de la escuela de mi padrino Cisneros, y dices: «como si lo viera, como si lo viera?» ¿Te parece que se lo debo preguntar á ella misma, rogándole que me saque de esta cruel duda? ¡Ah! eso no me lo negaría, si es verdad; y si no lo fuera, la ofendería gravemente. ¿Debo seguirle los pasos y acecharla, buscándole las vueltas? No, no me aconsejarás tú ese espionaje, indigno de un caballero... Consuélame, hombre; dime que todo ello es cavilación mía, malicia ó yerro del anciano delator. Dime eso, bruto, que estás ahí mirándome como la estatua de la razón fría... Pero en vez de consolarme, me preguntas si la amo ó la desprecio, si este descubrimiento apaga los hornos de mi pasión ó los enciende más. ¿Qué ordena la lógica? La lógica, esa gran tarasca, entrometida, farfanta, ordenará lo que quiera; pero ello es que en cuanto han surgido las dudas, y desde que he borrado á esa mujer de la lista de los ángeles terrestres... mira tú lo que son las cosas... paréceme que estoy más chiflado por ella.

## XVII

2 de Enero.

Arnica, venga árnica, querido Equis, porque descalabradura como ésta no la he recibido desde que tengo cráneo. Y gracias que, con la fuerza del golpe, no haya perdido el sentido y pueda contarte el terrible accidente, y describirte mi turbación, mi pena, mi despecho, mi rabia... Ya te veo muerto de risa, y diciendo que bien ganado me lo tengo por mi depravación, por mi inmoralidad, por mi... El demonio cargue contigo. Acepto la reprimenda. Somos, en efecto, unos bribonazos los hombres de este siglito, aunque, si examinamos la condenada historia, veremos que tan pillines como nosotros fueron nuestros padres y abuelos y tatarabuelos hasta el señor de Adán; y si es verdad lo del transformismo, añadiré que lo mismo que nosotros fueron el hombre-mono y la mujer-mona.

Para mujeres monas, ésta. ¡Y cuánto me ha hecho padecer la muy pícara, solapada, ingrata... Pero vamos por partes. ¿Te he contado que la noche de Navidad cenamos en casa de Orozco, Malibrán, Calderón, Villalonga, Viera, Cícero y yo?... Pues, mira, tampoco te lo cuento ahora, porque, si bien algunos detalles de aquella cena se enlazan con mi catástrofe, son largos de refe-

rir, y no está su importancia en relación con el gran espacio que ocuparían. Voy á lo principal. Me declaré ayer 1.º de Enero: yo creí que inauguraba un año de delicias, y me salió... mejor dicho, salí con las manos en la cabeza. Verás... Nos hallábamos solos en su casa, en la situación más propicia del mundo. No pienses que me fuí del seguro ni que hice ó dije cosa alguna de esas que le dejan á uno en ridículo en caso de negativa. Tomé toda clase de precauciones contra las demasías del sentimentalismo; me previne contra la brutalidad, sin quitar al arma del atrevimiento el importante papel que en tales batallas le corresponde; estuve patético y atrevidillo, ¡oh, Equis de mis entrañas! caballeresco y atolondrado, todo en la medida racional y justa... Y, sin embargo, me rechazó en toda la línea, y tuve que capitular ignominiosamente. Te confío sin ningún recelo el desastre, y reclamo que me echés para acá toda la compasión de que sea capaz tu grande alma, porque... Mira que tu amigo tiene en el caso un boquete por donde se le ven los sesos... Esto se llama caerse en toda regla. Hijo de mi alma, nada me valió lo bien preparadito que yo llevaba el plan de ataque, ni lo bien que se me conocía en la cara la pasión... Todavía, cuando me acuerdo de aquella firmeza, de aquella seca austeridad de mi primita, me tiemblan las carnes. Nunca me he visto en otra. Allí fué el lamentarse de haber prestado atención á mis galanterías, creyéndolas inocentes y de pura fórmula, tal como las autorizan el mundo y la moral tolerante de nuestros días; allí fué el expresar su equivocación con respecto á mí; allí el acusarme

de injuriarla gravemente á ella y á su esposo, que me colma de atenciones y agasajos; y no te digo más. ¡Ah! no invocó los llamados eternos principios; pero, aunque no los invocó, procedía con arreglo á esos grandísimos hi de tal...

En resolución, que me dejó pegado á la pared, y, lo que es peor, sin esperanzas de obtener más tarde el éxito que ahora no he podido alcanzar. Aquí me tienes, pues, atajándome con una mano la sangre que me chorrea de la frente, y oprimiéndome el corazón con la otra... porque, te lo diré todo para que te rías más... después del estacazo, y al volver del mareo que produjo en mí, encontré más vivos y punzantes mis deseos de poseerla y de ser su amante. Su belleza, su talento, su boca grandecita, que es la fuente de donde brota todo el caudal de la gracia humana; sus ojos persuasivos, que te miran penetrantes, ora lanzándose hacia tí, ora recogándose en no sé qué misteriosa desconfianza; su talle flexible, su vestir elegante, parecenme ahora con mayores hechizos. ¡Y si vieras con qué gracia me curó ella misma la tremenda herida, ponderándome las dulzuras de la amistad respetuosa! Esto tiene elhiste. ¡Qué remedio queda más que conformarse y apechugar con los arrastrados principios! Pero nuestra infame naturaleza se rebela contra ellos siempre que no se prestan á satisfacer sus caprichos, de lo que yo deduzco, en conformidad con los Santos Padres (muy señores míos), que somos los humanos una raza indecente, y que nos estuvo bien merecido que nos echaran á cajas destempladas del Paraíso, entregándonos al muy cochino de Satanás, para que nos tentara y per-

diera, y nos arrastrara á los profundos infiernos.

Y ahora surge de nuevo la gran duda. ¿Es honrada ó no lo es? Ríete de mi impresionabilidad todo lo que quieras; pero escucha lo que estoy pensando. Otra vez se representa á mis ojos con los caracteres de la más pura virtud, y cuanto sospeché de ella me parece indigno, y lo que oí contar, patraña maliciosa y absurda. Te cuento todos los fenómenos que se van sucediendo en mi alma, porque eres mi confesor y nada debo ocultarte. Permíteme que analice un poco. ¿Consistirá esto en que ahora, por causa del desaire, estoy verdaderamente enamorado, y no veo en el sér que me fascina más que perfecciones? Antes quizás no la amaba de veras; empujéme hacia ella un antojo, una voluntariedad de joven del siglo, que por rutina ó moda no quiere ser menos depravado que los contemporáneos de su clase. Era aquello como un ensayo de vivir, ajustado al canon vigente. Pero ahora... ahora... Me parece que estás reventando de risa, y no quiero seguir.

Bueno, pues aunque te rías: aquí tienes á tu amigo hecho un ojeroso romántico, idealizando el objeto de su pasión, y remontándose, con ella en brazos, á los espacios infinitos; viéndola reflejada en sí mismo, con todos los atributos de sobrenatural hermosura, y adornada de las cualidades más excelsas. No te oculto que hago inútiles esfuerzos por volver á la realidad. Se me ha plantado en el magín la idea de que es la pureza misma; y recordando que la borré inconsideradamente de la plantilla de serafines terrestres, me apresuro á volver á inscribirla en ella con letras

muy gordas: *¡Es un ángel! Sí*, veo desde aquí tu sonrisilla escéptica; pero no me importa. Lo que sí te diré es que precisamente su celestial jerarquía es lo que más me estimula á solicitarla. Y como no siento ninguna vocación de volverme yo también ángel, mi maldad aspira á sentar plaza en las filas satánicas, y acosar nuevamente á la *querubina* con mis pretensiones, hasta cansarla, rendirla, vencerla y hacerla mi dama. Nada halaga tan vivamente los instintos humanos como traerse un ángel del cielo á la tierra, lo que equivale á robar la esencia celeste. Todos somos algo Prometeos, amigo Equis, ó intentamos serlo. ¿Comprendes lo que te digo? Por lo mismo que mi adorada prima se me ha puesto en un pedestal de virtud, quiero arrancarla de él, perderla y perderme, bajándonos ambos muy abrazaditos á las cavidades de ese infierno donde los amantes de verdad, dígame lo que se quiera, han de pasarlo muy bien, quemándose por dentro y por fuera.

En fin, que estoy exaltado y tú principias á inquietarte por esta enfermedad mfa. Tranquilízate, hombre, y óyeme otra cosa. La política es un bálsamo para los ligeros disturbios del espíritu. ¿Lo será también para trastornos graves? No sé; lo probaremos: he de buscar en la política el desgaste de esta superabundancia de vitalidad espiritual. Desde mañana me planto en los escafios rojos, y hablaré sobre lo primero que salte, revolviendo á Roma con Santiago, y me pondré frente al Gobierno, frente á las instituciones, y... boca abajo todo el mundo: me propongo *minar los cimientos sociales*, como se dice en lenguaje

ministerial. Es que estoy furioso; necesito vengarme. ¿De quién? de los *grandes principios*... que mala sarna se los coma... Verás, verás qué camorras voy á armar allí todos los días. Llegará pronto hasta tí mi fama de anarquista, demolidor y petrolero. La piqueta, la famosa piqueta y la tea incendiaria son los chismes que he de usar... Por cierto que hoy almorcé con Cisneros, y aunque no le hacía gran caso por tener todo mi pensamiento concentrado en mi amarga cuita, me mostré conforme con cuantas atrocidades echó de aquella donosísima boca. Es el tío de más talento que hay en España. Hemos convenido en transformar la sociedad y ponerlo todo patas arriba. Vengán otras leyes, otra forma de la propiedad, otra moral, otra religión, otras costumbres, otra raza, otra manera de vestir, aunque sea en cueros, otra lengua, y venga, por fin, otro planeta, que éste ya no nos sirve.

Vas á creer que firmo ésta en Leganés; pero no: la firmo y fecho en mi cuarto del Hotel de Roma, á las cuatro de la madrugada, después de pasar una noche de perros, y decidido á no acostarme porque sé que no he de dormir. No se aparta de mí la hermosa imagen austera, con toda la gracia divina y humana, coronada de aquella honradez que admiro y anhelo hacer añicos. Mírola como una santa de altar, no vestida de severos paños, sino con los atavíos elegantes de la última moda. Es un ángel que se ha entregado á las modistas. ¡Oh, qué virtud tan tentadora! No poderla tronchar en un abrazo, no poder estrujarla como se estruja una flor... Si no

me modero, amigo mío, voy á salir por esas calles tirando piedras.

No te enamores, Equis, no te enamores; dedícate en esa tierra, con malos fines, á las Galateas de refajo amarillo. Y si alguna te sale con que debajo de todas aquellas bayetas está la honestidad, renuncia á las vanidades del mundo y mé-tete cura.

## XVIII

6 de Enero.

Bueno, hombre, bueno: variaré la tocata. Creo, como tú, que eso me tranquilizará. Esta tarde fuí á ver á Federico. Tuve intenciones de confiarle mi pena; pero luego me rehice de esta debilidad, y mutis. Por cierto que observé allí cosas que me hicieron gracia. Cuando entré, á eso de las dos, nuestro amigo acababa de despertarse y había pedido el almuerzo. Para funcionar con más desembarazo, Claudia, después de dar la teta al nene, le colocó bien abrigado en el lecho de Federico. Este apartó las sábanas y me dijo: «Mira lo que tengo aquí.» Mucho nos reímos los dos, y más aún cuando despertó el chicuelo y se puso Viera á jugar con él, haciéndole cosquillas, y dejándose tirar de la barba por las manos delicadas del tierno infante. Pero habías de ver aquello cuando pusieron la mesa sin patas sobre la cama, y empezaron Claudia y Clotilde á servir el

almuerzo. Lo mismo fué olerlo, que entraron de rondón cuatro canarios de alcoba, hijos de Claudia, el mayor como de seis años, la más pequeña como de dos, y piando y gorjeando se enracimaron en los bordes del lecho. Uno daba un brinco hasta plantarse en las almohadas, tocando con sus patitas la cabeza de Federico; otro se encaramaba por los pies. Su madre les refusa, llamándoles insolentes y granujas; pero no se los llevaba. Federico, de todo lo que iba comiendo, les repartía por turno, con el tenedor, diciéndoles: «Ahora tú... No más... Formalidad, y todos probarán.» El de teta, que estaba entre las sábanas, con aquella algazara empezó á berrear, y Clotilde tuvo que cogerle en brazos. Tan fuertes chillidos dió el angelito, rojo y apoplético, los puños cerrados, soltando gruesos lagrimones, que fué menester llevarsele fuera. Sus hermanos eran más amables. Federico tuvo que andar con ellos á trastazo limpio; pero no se dieron por ofendidos. Al fin del almuerzo, la cama estaba como si hubiera pasado por encima de ella un regimiento de caballería. No pudo evitar Viera que cogieran los libros que allí tenía, ni que el mayor los examinara deletreando el título, ni que la pequeña les arrancara algunas hojas como quien no hace nada. Claudia se los llevó con no poco trabajo, y volvieron á entrar, y costó un triunfo echarles de nuevo. Toda la tarde estuvimos oyendo el rumor de su batahola en la cocina. A mis observaciones sobre la paciencia con que tolera molestias fáciles de evitar, contestóme Federico con el *qué más da*, que usa siempre para disculparse de su abandono.

Noto en él una indiferencia parecida á la resignación. Su melancolía envuelve cierta pereza intelectual, como si acobardado ánte su mala suerte, sintiéndose incapaz de luchar con ella, se le entregara sin quejarse. La conversación que acerca de esto sostuvimos mientras se vestía, llevónos á tratar de su hermana, que me ha inspirado tanta lástima desde que la ví. Arriesguéme á censurar, con el tacto necesario para no lastimarle, el abandono en que la tiene. ¿Por qué no la presenta en sociedad? ¿Por qué no la inclina al trato de sus iguales, librándola del roce de personas sin educación, ennobleciendo su vida, y tratando de proporcionarle un buen partido? A esto me contestó, con fría amargura, que tales habían sido sus propósitos; pero que ha renunciado á ellos por la resistencia que su propia hermana le opone. La ruína de la familia cogió á Clotilde en la transición de niña á mujer. Vinieron terribles días de penuria, y la pobre joven, criada en colegios de lujo, se vió privada hasta de lo indispensable, sin poder reunirse con sus amigas más queridas. De aquellos días data su encogimiento hurafío y su gusto de la insignificancia y obscuridad. No tardó mucho en acomodarse al aburrimiento que le prescribía su desgracia, consagrándose á cuidar de su hermano; y aunque éste hizo esfuerzos increíbles por ponerla, al menos aparentemente, en otras condiciones de vida, cada día encontraba en ella resistencias mayores. Poco á poco la pobre niña se iba encariñando con las criadas en cuya compañía estaba constantemente; llegó á perder toda afición á vestir bien, y sus gustos delicados se

fueron embasteciendo hasta parar en el desaliño. El *qué más da* de su hermano la contagió como una diátesis de familia; no supo sostener el esmero de la persona, refinado y minucioso, que aquel conserva en medio de su indolencia. Se habituó á los modales descompuestos y al inculto lenguaje de aquellas tarascas, y ha concluído por comer con ellas, cuidar los chicos de Claudia, y no hallarse bien sino en tal compañía. Estas familiaridades con gente baja han influido en su carácter de tal modo, que apenas tiene ya la conciencia de su mérito personal. Es algo salvaje: cuando yo voy allí, huye como una cierva, evita mi conversación todo lo que puede, y si forzosamente tiene que hablarme, la noto cohibida y como temerosa de no expresarse bien. ¡Pobre niña! Te aseguro que me inspira compasión. Su mirada inteligente y tímida es de esas que no se olvidan.

A mis indicaciones sobre esto, contestó Federico así: «Hoy por hoy, apartarla forzosamente de estas mujeres, sería una crueldad, porque les tiene inmenso cariño. Cierto que ha perdido sus modales; cierto que sus gustos se han hecho toscos, y que su persona se ha rebajado; ¿pero yo qué puedo hacer? Soy pobre. No puedo luchar con mi infame destino. Adelante, y hasta el fin, si esto tiene algún fin.»

Hícele notar que su hermana está en la edad en que por donde menos se piensa salta el amor, y bien valía la pena de mirar con interés asunto tan delicado. Encogióse de hombros, y me dijo que ni aun sospechaba que Clotilde tuviese novio ó pretendiente. No insistí sobre este particu-

lar, por no aparecer más papista que el Papa; y ya que de amores hablábamos, no sé por qué sentí nuevamente deseos de confiar á Federico los míos, ó mejor dicho, mis frustradas esperanzas. Pero también supe contener aquella segunda tentación de espontaneidad.

Pude observar aquel día que la casa de este hombre infeliz es un jubileo mareante. Razón tiene en decir que el sonido de la campanilla le produce un estado nervioso y cardíaco que ya constituye verdadera enfermedad. Los acreedores y pedigüños se suceden sin interrupción, y una de las mayores dificultades del gobierno de aquella casa es lo que llamaríamos *el servicio de puerta*. Clotilde se ha hecho á este innoble servicio, y lo desempeña hábilmente, con todo el manejo de mentiras diplomáticas que el caso exige. A unos les engaña, á otros les manda volver la semana próxima, á los más les engatusa con bonitas promesas. Hay usureros de fuste, que pasan siempre y se entienden con Federico, el cual les recibe de mal talante, con cariz avinagrado y duro. «A estos tipos—me dijo un día,—hay que tratarlos á la baqueta, y no tenerles consideración alguna. Es la manera de que nos sirvan bien. Al que se hace de mieles, se le comen vivo.» En cuanto á sablazos, no he visto debilidad como la de nuestro amigo para dejárselos pegar. Allí van llorones que le encajan mil embustes, y como le cojan con dinero, le dan el timo. Yo le recomendé que mirase mucho á quién socorría, y me respondió: «¿Qué más da? Estos infelices también han de vivir. Cada uno se las arregla como puede.» Y los condenados se dan tal maña, que has-

ta parecen adivinar cuándo tiene cuartos, para caerle encima como las moscas. Dice que el único placer de la vida consiste en dar. La cara que ponen los pedigüefios, el brillo de sus ojos cuando sacan tajada, vienen á ser como una visión de alegría, un rayo celeste á que no puede renunciar quien vive entre negruras, sin ver más que esas caras muertas, esas máscaras de la sociedad culta, que nunca reflejan los grandes goces del alma.

¿Qué te va pareciendo esto? ¿Qué piensas del pobre Viera? Hay que reconocer que si algunas de sus facultades duermen, si su conciencia se amodorra, tiene siempre bien despierto el punto de dignidad y de amor propio, y con esta especie de virtud disimula en sociedad los desastres de su vida íntima. Te repito que he intentado ayudarle á salir de apuros, y que me tapa todas las brechas que trato de abrir en su susceptibilidad, para introducir con delicado contrabando mi socorro. Otros amigos que pretendieron lo mismo no han logrado rendir su orgullo. ¡Qué mal efecto me hace verle de noche en casa de Orozco, de la San Salomé ó de Trujillo, y recordar, mientras le veo y le oigo, las tristezas de su modo de vivir, y los cuadros lastimosos que he visto en su casa! Los muchos amigos y amigas que tiene en sociedad, aunque algo saben de sus ahogos pecuniarios, ignoran lo que yo sé y he visto. Algunos ¡ay! le admiran. Hay quien le envidia. Es Federico de estos hombres que se hacen querer en cuanto se les trata un poco. Su perfecta educación (en lo tocante á modales y á la vida externa); aquel aire de modestia, no in-

compatible ciertamente con su orgullo, y que más bien lo templa, lo ennoblece, convirtiéndolo de defecto en cualidad; su gracia melancólica en la conversación; aquel mismo abandono moral, tan semejante al cansancio, cautivan y desarman, predisponiéndonos á la indulgencia. Físicamente, algo tengo también que decirte. Su cara, que es un prodigio de expresión y movilidad, comienza á desmejorarse. Me parece bastante anémico, y envejecerá pronto. Ya se le ven algunos hilos de plata en la barba negra y en las sienes, y su mal color revela la insana costumbre de hacer de la noche día. Asegura que vivirá poco, y creo que no se equivoca.

Y ahora se me ocurre hablarte de la Peri. Dirás tú: «¿Y quién es la Peri? ¿Y por qué eslabona este tonto el nombre de Federico con el de esa que no sé si es mujer, ó gata, ó yegua?» No te hagas el virtuosito y el morigeradito, diciendo que no conoces á la Peri, y que á tí no te hablen de ninguna moza *de éstas que llaman del partido*. ¡Hipócrita, me quieres hacer creer que con esa capita de seminarista ó de filósofo motilón, no te haces el perdidizo alguna vez en las enramadas del jardín de Venus! Pero, en fin, te concedo, si tu gazmoñería se empeña en ello, que no ha llegado á tu noticia el excelso nombre de la Peri. Los sabios suelen estar muy atrasados de noticias, y de fijo tú sabes más de Semframis ó de Aspasia que de esta contemporánea nuestra. Voy á sacarte de dudas y á enriquecer tu erudición en lo tocante á *heroínas* modernas. La Peri... esto de la Peri yo no sé de dónde diablos viene. Puede que algún rancio etimologista te lo pueda

explicar. Yo lo que sé es que se llama Leonor, y que el origen del apodo se encontraría en el misterioso lexicon de la gente del bronce. También sé, sin necesidad de recurrir á las bibliotecas, que Leonor es monísima, elegante, depravada y con muy buena sombra para hacer olvidar su relajación; mujer de excepcionales dotes para atontar á los hombres, y que, de nacer en Francia, habría sido una celebridad. Aquí no lo es sino en los círculos puramente madrileños y á media voz; pero su fama, sin llegar nunca á la difusión que dan las letras de molde, toca en los límites de la popularidad. Se ha comido á media docena de hijos de familia, y se ha merendado á dos ó tres viejos verdes. Es simpática, todo lo simpática que puede ser una serpiente de manchada piel, cabeza chata y diente venenoso. Y de rodillas ya ante el confesonario, me golpeo el pecho, y te digo que yo también me he dejado tentar de esta hermanita de Satanás; pero que, si enfermé de su ponzoña instantánea, la curación ha seguido prontamente á la picadura. Es que somos pura fragilidad los jóvenes de esta generación. Echame un sermonecito, hombre; échamelo, por amor de Dios.

Con decirte que somos jóvenes, y que no hay mayor tontería que llegar á la vejez sin probar cuanta manzana y cuanto melocotón y cuanta breva dan los frutales de la vida, me parece que te contesto bien y aun que te dejo callado. Pues bien: durante algunas noches hemos pasado los amigos y yo ratos muy agradables en casa de la Peri... No te asustes; no se trata aquí de pecados contra la honestidad. Ibamos simplemente á que nos echara las cartas. Te mueres de risa si

llegas á venir con nosotros, porque la verdad es... (váyanse al cuerno tus moralidades y todo el fastidioso empaque de tu filosofía) que tiene esa mujer la sal de Dios para echar las cartas, y que otra más serrana no ha nacido en el mundo. Lo gracioso es que se cree todas aquellas paparruchas gitanescas, como si fuesen el Evangelio. Y si vieras: parece que realmente le adivina á uno los pensamientos, y que, pitonisa de nuestra época de realidad, levanta el velo de lo porvenir y desmiente las leyes de la razón. Me gustaría verte allí, tronando severamente contra la cábala, y rindiéndote á las carantoñas de la linda bruja, como cualquier hijo de vecino.

Pero tú dices: «¿qué tiene que ver esa diablera con mi amigo Federico?» Voy allá, hombre; voy allá, y no seas tan vivo de genio. Pues, si se han de creer las apariencias, hoy no son amantes; pero lo fueron cuando la Peri sentó plaza. En el actual momento histórico se tratan con familiar y honesta amistad, aunque ella tenga sus enredos más ó menos transitorios con personas que la mantienen. Esto he oído, esto te cuento. Dícese, y podrá ser verdad, que Federico la socorre á ella en los casos de penuria; dícese también, y esto lo pongo en duda, que Leonor le echa á su amigo un cable cuando le ve con el agua al cuello. ¿Lo crees? ¿Te parece verosímil que hombre tan delicado y susceptible, rebelde al auxilio de sus amigos, acepte los de una mujer de tal clase? Yo rechazo la versión maligna, que me parece forjada por la envidia ó el pesimismo de esta sociedad. Pero te diré una cosa, para tu gobierno. Federico, al menos conmigo, no hace misterio de



su amistad honrada con esa buena pieza. Ayer hablamos de ella en la calle, yendo á casa de Orozco, donde comimos, y me dijo lo que á la letra copio para que vayas atando cabos: «Te aseguro que esa pobre Leonor es una buena mujer, y que no conozco un corazón más noble que el suyo.»

Y basta de Fritz. Ya ves cómo te he complacido, escribiéndote una carta absolutamente limpia de toda murria *wertheriana*. He tenido que violentarme y poner diques y compuertas al flujo de mis cuitas amorosas. Dí ahora que no sé guardar las debidas consideraciones á mis amigos, ahorrándoles las náuseas de una toma fuerte de sentimentalismo. Pero alguna vez me ha de tocar hablar de lo mío. Prepárate para la próxima.

## XIX

8 de Enero.

¿Pero es broma ó qué es? Dices que vas á dar mis cartas para el folletín de *El Impulsor Orbañosense*, jarrel ilustrado periódico de esa localidad, órgano de los intereses materiales y morales, etc. ¿Sabes que tendría gracia? Pero aun variando los nombres, la broma sería tan pesada, que no habría más remedio que retarte en duelo á tí, y poner las peras á cuarto al cojo ese que dirige el papel, y que me tiene tan mala volun-

tad desde que le quité la Administración de Loterías para dársela al marido del ama que me crió á sus castos pechos. Basta de guasas, Equisín; no me irrites, no me cosquillees con tus chirigotas maleantes; mira que estoy echando chispas, y si llego á estallar... ¡Dios mío, cómo me he puestol Si me pica una pulga, creo que me ha mordido un perro rabioso; si tengo que cerrar una puerta, doy con ella tan fuerte golpe, que se estremece todo el Hotel; si la pluma con que te escribo saca un pelo, ¡zas! la estrello contra la mesa; si tengo que llamar, echo abajo la campanilla y se me enredan en el cuello cuatro varas de alambre; en fin, estoy hecho una fiera. Me muerdo á mí mismo, y por no poderme soportar, me mando á paseo, dándome de puntapiés.

Y lo que me pasa no es para menos. Tú, con esa flema que Dios te ha dado, estarías tan fresco. No truenes contra mi repentismo: cada uno es cada uno. Mis afectos propenden á la amplificación, y cuando gozo ó padezco parece que en toda la anchura del mundo no caben mi placer ó mi martirio. No me enfado nunca á medias. Si ríño con un amigo, despídome de él para siempre. Siéntome niño en mis dolores y en mis alegrías. La ligera ofensa se me hace mortal agravio. Tengo miedo á enamorarme, porque faltame asiento en la voluntad, y voy como buque sin lastre en un mar agitado: á cada tumbo me parece que veo el abismo abierto á mis pies. ¡Por qué no nacería yo en tiempo de los frailes para meterme á motilón y vivir en dulce uniformidad, sin pasiones, sin estímulos, hecho un honesto marmolillo y un mano inconscientel